El secreto de la Diosa y las estrellas oscuras

A. Pilar Martínez Ruiz

El secreto de la Diosa y las estrellas oscuras

A. Pilar Martínez Ruiz

Avant
editorial

Primera edición, abril de 2025
©A. Pilar Martínez Ruiz, 2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-87805-95-1
THEMA: FL-FM-FBA-JBSF1
DEPÓSITO LEGAL: M-10397-2026

Prefacio

«Las mujeres son como sirenas en un desierto,
su vida siempre es difícil
y su final, incierto…»

A. Pilar Martínez Ruiz.

Siempre había creído que el mundo real, ese que puedo ver con mis ojos, tocar con mis manos, ese que puedo oler y escuchar, era el único que existía. Me equivocaba.

La Diosa me mostró otros muchos mundos, y todos los ordenados esquemas de mi mente sobre la realidad se rompieron en mil pedazos, mientras el suelo desaparecía bajo mis pies junto con el aire de mis pulmones. Algunos de esos mundos eran maravillosos, otros aterradores, todos danzando al son de la misma melodía secreta que gobierna los universos de principio al fin, y que marca el compás que nos va dirigiendo de forma implacable, sin que tan siquiera seamos capaces de darnos cuenta, hacia el inevitable final de la función.

Ni en el más atrevido de mis sueños habría sido capaz de imaginar que tendría la oportunidad de vislumbrar un atisbo de la respiración del mismo Universo. Una ignota inspiración, una llamada silenciosa resonando en la noche de los tiempos, capaz de destruir estrellas, reduciéndolas a polvo junto con todos aquellos cuerpos celestes que otrora danzaran a su alrededor, arrasando todo con su implacable fuerza. Concentración. Oscuridad. Muerte. Una espiración, y la expansión inspirada por la misma Conciencia Divina modela el polvo de estrellas y el frío hielo perdido a la deriva en los abismos de la noche infinita, y nacen nuevos soles y mundos. Expansión. Luz. Vida. Y el ciclo Divino se repite una y otra vez, en un bucle sin principio ni final…

En la inmensidad de esa vorágine de vida y muerte, de luz y oscuridad, la Diosa me insinuó un atisbo de su rostro, de su Verdad. Yo nací mujer. Sin embargo, a pesar de toda una vida intentando interpretar ese papel, desconocía lo que eso significaba en realidad, desposeída como estaba de todo don o atributo legado por mi linaje ancestral.

La Diosa, Fuente de Vida, en un gesto de generosidad infinita, me mostró nuestro destino, de dónde venimos, a dónde vamos, quiénes somos en nuestra esencia inmortal. Y a nuestro alrededor, inevitablemente, completando la danza eterna al son de la misteriosa melodía que resuena desde el corazón de todos los universos, el fuego que nos moldea con su fuerza y determinación, que nos impulsa e insufla de aliento para que las féminas podamos desplegar nuestra magia y conectar los mundos, fuego oculto en los curtidos y formidables cuerpos de los machos que nos completan.

Dos mitades inseparables de un todo. Magia malograda durante milenios en los que esa unión se resquebrajó. Pero tras captar el aliento de vida de la Diosa, guardo la esperanza de que esa magia recuperará su brillo y poder cuando cuerpos y almas vuelvan a ser Uno, para volver a contemplar el Despertar de la Diosa, que da vida a los dioses, y vive por ellos y para ellos, antes de que las ignotas mareas de los abismos de los universos cambien…

Inspira, espira, inspira, espira, inspira, espira… ¡Despierta!

Humana y reptiliana

I

«¡Khara!», oí que me saludaban dentro de mi cabeza. Se trataba de una joven Sacerdotisa. Alcé mi mirada al frente y la divisé caminando a lo lejos, con movimientos amplios y fluidos de su cuerpo esbelto y delgado, embutido en un ligero vestido blanco y sencillo, del tipo que solíamos utilizar durante nuestras horas de trabajo, cuyo suave tejido se ajustaba al cuerpo con total comodidad, a fin de permitirnos la máxima concentración mental. Ella se dirigía hacia uno de los principales templos de la ciudad que yo acababa de abandonar hacía unos instantes. Reconocí sus bellas facciones y su figura garbosa, destellante debido a la luz de la tarde que se reflejaba sobre las pequeñas escamas que cubrían su piel, de un suave color verde, característico de todas las hembras reptilianas, en las amplias zonas de su cuerpo expuestas a los cálidos rayos procedentes de las dos magníficas estrellas iluminaban el firmamento.

La saludé con una leve inclinación de cabeza, que ella correspondió a su vez con una grácil inclinación de la suya, más profunda que la que yo le había propinado, debido a mi mayor rango dentro de la Hermandad de las Sacerdotisas de nuestra raza. Durante el efímero instante que duró el delicado movimiento de su cabeza, reparé fascinada en el modo en que la luz arrancó brillantes destellos del maquillaje a base de plata molida con el que ella había sombreado sus bellos ojos ambarinos, grandes y almendrados, que siempre ha sido mi preferido.

Durante los breves instantes que duró nuestro encuentro, yo mantuve mis chakras cuidadosamente cerrados casi en su totalidad, y mi mente bloqueada, transmitiéndole a mi interlocutora —mediante la telepatía propia de una parte de nuestra raza, entre la que destacamos las Sacerdotisas—, únicamente la cordialidad y el afecto que ella

me inspiraba. No me sentía del todo cómoda con las tareas que se me habían encomendado y, desde luego, no me estaba permitida su divulgación. Ella pudo percibir mis gratos sentimientos hacia su Ser, al igual que, sin duda alguna, tomó nota de mi estado de cerrazón, el cual despertó en ella una suave curiosidad, aplacada de inmediato por el respeto que yo le inspiraba. Por lo que, tras una plácida sonrisa que invadió su mente y envió a mi Ser unos instantes antes de reflejarse en su rostro, continuó caminando sin demora hacia el gran templo. Yo había sentido la necesidad de tomarme un descanso en mis labores del día y había salido a respirar un poco de aire fresco. Era una tarde cualquiera. Fue la primera vez que nos vimos.

Me encontraba de pie, saboreando mi soledad, en mitad de un claro que se abría en una de las numerosas arboledas cercanas al templo. En esos momentos, a primera hora de la tarde, las dos estrellas que iluminaban el planeta —una de ellas gigantesca y otra mucho más pequeña y lejana—, aún proporcionaban bastante calor, y yo me deleitaba sintiendo sus cálidos rayos atravesar mi piel.

Por un instante cerré mis ojos y me concentré únicamente en mi respiración, profunda y consciente, dejando que todas mis preocupaciones se marchasen con el aire que exhalaba lentamente en cada espiración, de modo que las vibraciones más densas que emanaban de mi Ser se fundiesen con el campo de energía que me envolvía, el cual las dirigiría hacia el suelo, desde donde alcanzarían el núcleo del planeta, donde podrían ser transmutadas. Me fui relajando cada vez más. Conseguí dejar mi mente completamente en calma. Continué respirando, tomando conciencia de que con cada inspiración las partículas de vida que formaban el Todo penetraban en mí, hasta que el chakra de mi corazón se encendió, elevando la potencia de la energía de la Fuente en el centro de mi Ser, y con cada espiración, compartía con el Todo esa esencia Divina desde mi corazón energético. Me sentía Una con el Campo de energía de Vida que me rodeaba e interpenetraba, visible e invisible. Satisfecha con el grado de relajación alcanzado, sintiéndome mucho mejor que cuando había abandonado el templo —estando ahora completamente equilibrada de nuevo—, abrí los ojos con lentitud, deleitándome en las partículas luminosas que danzaban a mi alrededor.

Los rayos de luz surcaban la escena que me envolvía de un modo peculiar, atravesando el aire cálido en una dorada trayectoria oblicua. Por un momento no estuve segura de dónde me encontraba. Me

inundó la clara sensación de haber vivido ya este instante concreto. Parpadeé lentamente en un intento de aclarar mi visión. Fue entonces cuando mi mirada se perdió en la profundidad de esos ojos verdes perdidos en otra dimensión.

II

—¡Eh, Martina! —Oí que alguien me saludaba. Alcé mi mirada al frente, observé la calle en la que me hallaba y divisé a Sandra, una mujer joven y atractiva. Se trataba de una de las Procuradoras que colaboraban con el Despacho de Abogados en el que yo trabajaba. Se encontraba en la acera de enfrente. Nos separaba la calzada por la que circulaban numerosos vehículos a primera hora de la tarde.

El primer impulso de mi cerebro reptiliano fue cruzar la calle a toda velocidad y abalanzarme sobre la gruesa carpeta que ella sujetaba entre sus brazos —como lo haría un águila hambrienta sobre su jugosa presa—, para averiguar cuál era su contenido o, mejor aún, más civilizado incluso, podría preguntarle por el estado de un par de asuntos judiciales bastante importantes pendientes de resolución que se estaban retrasando más de la cuenta, pero me controlé, pues ese no era el lugar más apropiado, y además, sería conveniente que comprobase primero las notificaciones que, sin duda, ya había dejado en el despacho, situado dos calles atrás. En caso de ser necesario, ya la telefonearía más tarde, anoté en mi agenda mental. Por encima de todo, sentía una necesidad más imperiosa.

Saludé a Sandra con una leve inclinación de cabeza, que ella correspondió a su vez con otra grácil inclinación de la suya. Así era ella, perfecta en todo cuanto emprendía, dirigiéndome una sonrisa propia de un anuncio de pasta dentífrica, mientras el sol de la tarde arrancaba brillantes destellos a su larga y dorada melena que enmarcaba el esbelto talle de su envidiable figura, elegantemente erguida, indicando la gran seguridad que esa mujer abrigaba hacia sí misma. Ella era mucho más que una súper eficiente procuradora, se trataba de una de esas personas cuya sola cercanía te hacía sentir mejor al instante, era como si irradiara luz o energía positiva o alguna de esas cosas extrañas de las que yo no sabía nada en absoluto. Quizás no se tratase de una humana normal y corriente, sino de una superheroína de incógnito camuflada en el aburrido mundo judicial. No se me ocurría una tapadera más adecuada para tales casos, aunque resultaba completamente imposible que alguien como Sandra pudiese pasar desapercibida. Ese era mi poder.

Durante los breves instantes que duró nuestro encuentro, yo mantuve mi rostro tan inexpresivo como me resultó posible. No me sentía bien. Últimamente había dormido fatal. Además del cansancio a consecuencia del insomnio, ese día no había comido —debido a una larga reunión con unos importantes clientes a la que me había visto obligada a asistir, a pesar de que no se me había permitido intervenir en ningún momento—, la cual se había prolongado hasta el infinito. Por ello, habida cuenta de que ya había finalizado la pausa que habitualmente teníamos libre para comer, me habían dado media hora de permiso para salir de la oficina y tomar algo en alguno de los establecimientos cercanos, antes de volver a sumergirme de lleno en el trabajo.

Sin embargo, no deseaba que Sandra percibiera que algo no iba bien, pues en ese caso correría en mi rescate, sorteando con gracia y rapidez el denso tráfico que nos separaba, a pesar de sus tacones de vértigo, algo que yo no podía comprender, ya que no manteníamos una amistad propiamente dicha, lo cual sí me resultaba bastante comprensible, pero ella era así, hacía lo que deseaba y cuando se le antojaba, no precisaba amistad o confianza, no necesitaba motivos. A veces eso me gustaba, otras veces me irritaba y, por encima de todo, me producía una profunda envidia. Nunca pedía permiso para ser ella misma.

Yo era demostradamente incapaz de abrirme a los demás en modo alguno, y menos aún tal y como lo lograba ella. Lo cierto es que me costaba bastante conectar con otras personas, y más aún en los momentos delicados, que, por otro lado, era precisamente cuando más podrían haberme necesitado. No sabía cómo reaccionar en esas situaciones. Me quedaba paralizada, y al final, el mundo seguía girando, los demás superaban sus problemas, retomaban su camino, habitualmente acompañados por aquellos que sí les habían ayudado a salir del bache, y yo me seguía encontrando de pie, petrificada en el mismo lugar, observando a los otros vivir su vida, siempre lejos de mí, atrapada en una historia que nunca parecía cambiar, avanzando a la fascinante velocidad de crucero de un glaciar. Era como un fantasma, atrapada en un mundo del que no formaba parte, abandonada, invisible y olvidada.

Necesitaba estar a solas un rato, es decir, igual de sola que me sentía siempre, pero sin otras personas cerca ante las cuales sentir la constante necesidad de disimular mi ineptitud generalizada. Una vez que me aseguré de que Sandra continuaba caminando hacia adelante

con paso firme —haciendo girar más de una cabeza con la boca abierta—, me alejé sin demora por una calle perpendicular que conducía a un parque cercano, que a esa hora en la que los niños todavía se encontraban en el colegio debía estar poco concurrido. No me sentía bien, aunque no podía determinar el motivo exacto de mi malestar, amén de no haber dormido apenas en los últimos días y no haber comido nada desde el desayuno, años luz atrás. Decidí que dedicaría veinte minutos a despejar mi mente al aire libre y después, de regreso al despacho, compraría un gran café con leche y un sándwich para llevar en una cafetería cercana, y me lo tomaría rápidamente en la oficina mientras revisaba la agenda repleta de las tareas pendientes para esa tarde, ya que al menos no tenía más visitas programadas para esa interminable jornada laboral.

Era una tarde cualquiera. Fue la primera vez que nos vimos.

Me encontraba de pie, saboreando mi soledad, en mitad de un claro que se abría en una pequeña arboleda del parque vacío. En esos momentos, a primera hora de la tarde, el sol aún proporcionaba bastante calor y yo me deleitaba sintiendo sus cálidos rayos atravesar mi piel. Por un instante, cerré mis ojos y me concentré únicamente en mi respiración, profunda y consciente, dejando que todas mis preocupaciones se marcharan con el aire que exhalaba lentamente en cada espiración. Me fui relajando cada vez más, hasta acallar casi por completo la jauría de voces que gritaban en mi cabeza, hasta convertirlas en un murmullo casi inaudible, fácil de ignorar. Satisfecha más o menos con el grado de relajación alcanzado, sintiéndome mucho mejor que cuando había abandonado la oficina, abrí los ojos. No sabía por qué había realizado esa técnica de relajación. Debí de haber leído sobre ella en alguna parte, aunque no podía recordar dónde. El caso es que había funcionado. Quizás debería plantearme indagar más sobre ese tema de las técnicas de relajación y, durante unos segundos, dudé sobre si anotarlo en mi agenda mental u olvidarlo de inmediato. Lo anoté. Lo borré. Dudé durante unos segundos más y, exasperada, decidí posponer tal decisión, ya que no era capaz de aclararme ni siquiera sobre una cuestión tan trivial como esa. Comencé a sentirme mareada, por lo que le grité a mi mente que se callara durante un ratito y volví a repetir ese ejercicio de respiraciones profundas, hasta que me sentí cerca de la paz interior.

Los rayos de luz surcaban la escena que me envolvía de un modo peculiar, atravesando el aire cálido en una dorada trayectoria oblicua.

Por un momento no estuve segura de dónde me encontraba. Me inundó la clara sensación de haber vivido ya ese instante concreto. Parpadeé lentamente en un intento de aclarar mi visión. Fue entonces cuando mi mirada se perdió en la profundidad de esos ojos verdes perdidos en otra dimensión.

III

Se trataba de una hembra. Eso lo capté con total claridad, aunque por lo que pude percibir sobre ese Ser, ella ignoraba completamente lo que en realidad significa ser hembra. La palabra que retumbó en mi mente fue «mujer». Ella también se hallaba de pie, en una posición idéntica a la que yo misma adoptaba en ese instante. La rodeaban unos cuantos árboles, cuya denominación y especie desconocía, de menores dimensiones que los que crecían en el planeta en el que yo me encontraba. Los rayos de luz emitida por otra estrella, mucho más joven y pequeña que las que caldeaban mi piel, atravesaban el aire que envolvía el delicado cuerpo de esa mujer exactamente con los mismos rayos dorados, en sentido oblicuo, que yo veía con mis propios ojos. Era la Luz la que nos había conectado.

No conocía esa especie. «Humana, ese es el nombre de su raza» —me informó la voz ignota que a veces me hablaba en el interior de mi mente—. De hecho, pude percibir que todavía no existía. «Pero existirá» —tronó en mi mente esa voz—. «Y el nacimiento de dicha raza estará ligado a la tuya» —preconizó—.

No me extrañaron dichas palabras. Era algo habitual para las trabajadoras de la Fuente diseñar nuevas estructuras físicas para albergar la Vida. Sin embargo, un escalofrío de inquietud recorrió todo mi cuerpo. El siguiente latido de mi corazón pareció ralentizarse en el tiempo, y en los breves instantes que precisó para tronar en mi interior, un nuevo mundo se insinuó en las profundidades de mi mente. Absolutamente maravilloso. Absolutamente terrorífico. Con el siguiente latido, ese mundo de ensueño fue arrastrado de mi mente hacia otros confines del campo cuántico, al igual que la sangre que en ese instante llenaba mi corazón fue impulsada a los confines de mi cuerpo.

La visión se desvaneció. Mi corazón volvió a latir de forma estrangulada durante lo que me pareció un milenio entero. La inquietud persistió. Esa conmoción se hizo más fuerte.

Como diseñadora de vida, admiré esa nueva creación. A primera vista, parecía una forma de vida bastante simple a los ojos de los propios humanos, pero en realidad se trataba de Seres dotados de un diseño energético realmente sublime. Sin embargo, había algo que me

desconcertaba. No podía comprender por qué el sistema energético de esa mujer se hallaba desactivado en muchos de sus puntos principales, casi hasta bloquearlo por completo. Parecía un milagro que un ser vivo pudiese desarrollar una vida compatible con un determinado nivel de conciencia en ese estado, si es que se podía llamar vida a la dura existencia que esa mujer debía estar experimentando. La conexión de sus cuerpos inferiores con sus cuerpos más sutiles era prácticamente nula, en comparación con las inmensas posibilidades que ofrecían. La telepatía permanecía oculta para ella, que no ausente, al igual que muchas otras capacidades mentales asociadas con el cuerpo mental superior y el cuerpo etérico. Ese Ser las poseía, pero en estado latente. Ella ni siquiera lo sabía. Me negué a creer que dicha deficiencia hubiese sido provocada por sus creadores, por mi propia raza, pues, ¿quién sería capaz de crear una especie viva tan excelsa y provocarle conscientemente tales desajustes? El hecho de que el proyecto fuese tan complejo y tan finamente implementado resultaba incompatible con tales perturbaciones, lo cual dejaba claro que hubieron de ser conscientemente ejecutadas, pero ¿con qué propósito?

No se trataba exactamente de que su sistema energético estuviese mal diseñado, todo lo contrario, sino que únicamente se habían activado los dos primeros chakras de todo el sistema, lo cual apenas les capacitaba para lograr la supervivencia física y la reproducción de la especie a través de la sexualidad, lo que convertía a esos humanos aparentemente en poco más que animales. Pero el resto de chakras permanecían prácticamente inactivos, al mínimo rendimiento posible dentro del rango compatible con la vida, y todas sus potenciales manifestaciones dormitaban ocultas en el ADN de la raza humana que, comprensiblemente, al tener activados solamente dos centros de energía, algún día conocería una doble hélice de su ADN, cuando en realidad no poseía dos hebras, sino doce. A todo ese milagroso material genético extra lo llamarían por un tiempo genes basura. Jamás lo habría creído si no lo hubiese visto en la mente de esa mujer.

Por ello, la raza humana —en ese estado primitivo en el que yo la había vislumbrado— poco podía imaginar cómo era en realidad, y lo que podría llegar a ser cuando todos sus puntos de energía se hubiesen activado y las doce hebras de su ADN manifestasen toda la información que contenían, y eso solo sería el principio. Ello constituía todo un despropósito.

Entonces, pude percibir claramente lo que esa mujer ocultaba en su interior. Mi primera impresión fue completamente equivocada. Este Ser resultaba bastante engañoso. Primero me sentí pasmada. Luego me invadió una fuerte oleada de envidia, pero la suprimí tan rápido como me resultó posible. Finalmente, en mi corazón solo hubo reverencia hacia la Fuente y amor infinito hacia esa mujer y el secreto que ocultaba en su interior, al igual que todos y cada uno de los seres de su raza, sin saberlo.

Volví a parpadear en lo que parecieron ser milenios y todo cuanto sentía cambió de nuevo. Percibí algo más. Era monstruoso. Ese ser había sido mutilado, de ahí que solo se hubiesen activado dos de las doce hebras de su ADN. Quizás ello fuese debido precisamente al preciado secreto que atesoraba en la esencia de su Ser, aunque no tuviera conciencia alguna sobre ello. «Ignora completamente quién es» —me informó el eco lejano de esa voz ignota—. «Desconoce cuál es su verdadera naturaleza». «Imposible» —contestó una débil parte de mi mente con una creciente sensación de desmayo—. No podía creer que alguien, al parecer de mi propia raza, le hubiera hecho algo tan monstruoso a otro ser vivo, a toda una raza, si había de dar crédito a la mente de esa mujer, y no tenía motivo alguno para dudar de ella. La voz nunca se equivocaba. Una incipiente náusea nació en el fondo de mi estómago y se fue extendiendo por todo mi ser.

Presentí que el destino de esa mujer estaba total e irrevocablemente ligado a mi propio porvenir. Advertí un gran peso en el corazón al comprender que, de algún modo, yo misma acabaría tomando parte en los acontecimientos que culminarían en la existencia de esa mujer humana y en la abominación que se cometería con el Alma que ella albergaría. Apenas pude mantener la conexión con ese otro mundo, por ahora desconocido, durante unos segundos más. Pero me inquietó mucho lo que percibí:

«Esos seres, esos humanos, no están vivos. Ellos creen que sí lo están, y que el mundo que perciben con sus limitados sentidos físicos es real, pero en realidad se equivocan. Todos ellos experimentan un engaño, una ilusión que les mantiene atrapados en una trampa circular de la que les resultará francamente difícil salir, si es que alguna vez lo consiguen. Incluso la ilusión que ellos llaman vida es algo vacío y sin sentido, totalmente desconectado del resto de seres vivos, de su

planeta, del Todo… Es esencial que superen esa trampa. Todo, absolutamente todo, depende de ello».

Siguiendo un loco impulso cuyo eco resonaba en el anterior latido de mi corazón, levanté mi mano derecha frente a mí y estiré mi brazo para alcanzarla. Vi con asombro que la mujer humana hacía lo mismo.

Nuestras manos eran muy diferentes. La mía era más grande y delgada, mis cuatro dedos eran mucho más largos que los suyos, y terminaban en gruesas uñas, garras en realidad, bastante afiladas, limadas en forma almendrada, ya que yo no era una guerrera, al menos no todavía, y toda ella estaba recubierta por millares de pequeñas escamas de color verde claro, apenas visibles a simple vista. Ella era mucho más pequeña que yo. Su mano poseía cinco dedos, en lugar de cuatro, y carecía de garras, en cuyo lugar ella lucía una especie de membranas transparentes de poco grosor —«uñas»—. Su piel carecía de escamas, era lisa y suave, de un extraño color claro como el marfil. Un vello casi imperceptible a la vista cubría esa piel clara, mientras que los reptilianos carecemos completamente de pelo. En ese instante, todo el vello de la piel del brazo de la humana se hallaba erizado, lo cual me pareció curioso, y debía indicar una gran agitación interior, incluso miedo, pues como diseñadora de vida ya había observado esa misma reacción en otros seres vivos provistos de pelo.

Durante una fracción de segundo nuestras manos se tocaron, pude apreciar la calidez de su sangre circulando bajo las capas superficiales de su piel, percibí el atronador latido de su corazón, mientras sus bonitos ojos de un precioso color verde se abrían todavía más y entonces, de repente, la conexión se rompió.

Cuando volví a abrir los ojos, tras otro rápido parpadeo para aclimatar la vista a la luz crepuscular, ese otro mundo había desaparecido y yo volvía a estar rodeada de árboles, cerca del templo más importante de la ciudad, donde trabajaba en esos momentos. Se me escapó un leve jadeo al exhalar de golpe todo el aire de mis pulmones. En cuanto fui capaz de reaccionar, caminé con paso rápido hacia el templo, en busca de mi Superiora, la Gran Sacerdotisa. Debía contarle todo lo que había visto y sentido.

El repiqueteo de mis sandalias sobre las grandes baldosas de piedra blanquecina que cubrían todo el suelo de la avenida por la que

caminaba en esos momentos me sumió en un estado de trance, en el cual emergieron en mi mente mis primeros recuerdos en esta vida.

Me encontraba sentada en una camilla cubierta con suaves tejidos de seda blanca. Vestía un mono confeccionado con unos hilos extremadamente suaves, también de color blanco, que protegían la piel de todo mi cuerpo, extremadamente delicada en esos primeros momentos de vida, y me permitían conservar el calor corporal, mientras todos mis sistemas se ajustaban a esta nueva existencia. Mi mente se hallaba completamente lúcida, registrando cada detalle de cuanto ocurría en mí y de todo lo que me rodeaba.

A mi izquierda se encontraba abierta la cápsula de clonación de la que yo había emergido una vez finalizado el largo y delicado proceso. En esos momentos todavía no había acudido nadie a mi encuentro, pero no tardarían en aparecer una vez que los indicadores situados en la sala de control dejaran constancia de que la cápsula se había abierto. Sabía perfectamente cómo funcionaba el proceso de clonación, la gran laboriosidad de la selección y combinación del material genético y el funcionamiento de la sofisticada maquinaria que hacía posible materializar dicho proceso, de principio a fin. Incluso lo sabía todo sobre mí misma.

Yo había sido diseñada a partir del material genético de las más prestigiosas Sacerdotisas de la raza reptiliana. Habían pretendido crear un Ser especial, dotada de grandes atributos, entre los que destacaba una portentosa inteligencia y una fuerza vital muy acrecentada en todos mis sistemas. Habría de manejar con soltura la telepatía y muchos otros talentos ocultos de los reptilianos, y eso requería un sistema energético muy potente y con gran capacidad de equilibración, entre otras muchas cosas.

Inspiré lentamente, deleitándome con el aire limpio y cálido que llenaba mis pulmones, sintiendo despertar en cada una de mis células toda la sabiduría alcanzada por las predecesoras a partir de las cuales había surgido yo misma.

Me esperaban grandes cosas y un ápice de impaciencia comenzó a insinuarse en algún rincón de mi mente, mas lo controlé de inmediato. Era beneficioso permitir un relajado despertar a esta nueva existencia. La inmortalidad propia de las Sacerdotisas estaba impresa en cada partícula de mi Ser. No había prisa, en teoría tenía todo el tiempo del mundo para cumplir cada propósito vital, pero mi vivaz intuición

me previno que probablemente eso no sería del todo cierto. Balanceé una de mis largas piernas en el aire con cierto nerviosismo y urgí en mi mente que alguien acudiera a atenderme inmediatamente.

Yo había sido creada como un Ser perfecto, sublime, digna de suceder a la Sacerdotisa Suprema de nuestra orden, sí, mi potencial se hallaba al nivel incluso de la Gran Madre. Sin embargo, no me asemejaba a la verdadera naturaleza de la raza humana. Ninguno de los seres que poblamos los infinitos multiversos lo hace. Ellos son distintos. Ellos son el Gran Secreto. Me estremecí de pies a cabeza.

Tras haber recorrido aproximadamente la mitad de la distancia que me separaba del templo, mis pasos se detuvieron de repente, cuando mi cuerpo reaccionó a una fuerte intuición que me invadió por completo.

Hay una cosa en la que te equivocas. Puede que tú hayas creído que la raza humana no existe todavía, pero lo cierto es que tú acabas de contactar con una humana. Puede que en realidad esa raza ya haya nacido, pero en otro universo alternativo, tan alejado de este que escapa al alcance de tu percepción, regido por otro ritmo del reloj cósmico diferente al que tú conoces. Sea como fuere, una cosa es cierta: estás conectada a esa mujer, a esa raza.

La idea tenía cierto sentido, ya que resultaba incuestionable que todos los tiempos y dimensiones, en realidad estaban existiendo simultáneamente, de manera que cada Alma podía estar transitando diferentes experiencias vitales en distintos mundos al mismo tiempo. Normalmente, las fronteras entre los mismos se mantenían firmes e inquebrantables, imposibles de discernir para todos y cada uno de los Seres fragmentarios integrantes de una misma Alma que poblaban esos mundos, pero a veces ocurrían excepciones. De repente, me sentí todavía más confusa, incapaz de hilar mis pensamientos con el debido orden y sentido, por lo que me concentré en respirar y continuar caminando hacia mi destino.

«Puede que el Oráculo deba ser consultado» pensé—. Mi pulso se aceleró ante esa mera idea.

«Encuéntrala» —me urgió la Voz—. «Ella es la respuesta a todos los secretos».

IV

Era una mujer, aunque de alguna manera supe que ella no utilizaba ese término, sino el de algo parecido a «hembra», aunque con unas connotaciones muy diferentes a las de nuestra cultura, que no pude captar con precisión, pero que se asemejaba a lo que parecían unas deidades. Definitivamente destilaba una gran feminidad. Pude sentir con total claridad que ella era mucho más que eso, emanaba un gran poder que yo nunca había percibido en ningún ser humano…

Capté todas esas sensaciones durante el tiempo que tardó mi corazón en producir un latido. Entonces, cuando volvió a latir, comprendí que no sabía lo que estaba viendo. Era una hembra, pero desconocía de qué raza, o dónde podían vivir seres semejantes, es decir, en el caso de que ella fuese real. Tuve la certeza de que sí lo era.

Ella era muy alta, delgada y esbelta, sus brazos y piernas mucho más largos que los de cualquier humano, y su piel también era distinta, aunque en esos momentos no pude precisar en qué difería de la nuestra… Su cabeza también era diferente a la de los seres humanos. Tenía unos grandes ojos de color amarillo verdoso, aunque predominaba más un verde botella de gran brillo e intensidad, con las pupilas verticales, como las de los gatos o los reptiles. Su boca era grande y ancha, con una forma curvada que simulaba una permanente sonrisa, y sus labios, carnosos y sensuales. No había nariz, sino una graciosa protuberancia de esa zona de la cara hacia afuera y dos pequeñas aperturas que debían ser las fosas nasales. Esa parte del rostro me recordó la cara de las serpientes que había visto en televisión alguna vez, pero muy de refilón, ya que siempre había sentido una profunda fobia hacia los reptiles, en general, y hacia las serpientes, en particular. Su simple visión activaba todos mis sentidos hacia el pánico total, pero en esos instantes estaba tan pasmada que no recordé mis fobias.

Ella no tenía pelo y su cráneo era ovalado, alargado en la parte posterior de la cabeza… Me vino a la mente la imagen de algunas momias encontradas en Perú o en algún otro lugar de Sudamérica, si la memoria no me fallaba, que tenían ese mismo cráneo alargado, pero ¿cómo podía ser eso posible? ¿Podían tener algo que ver esos seres momificados encontrados en la Tierra con este otro ser que estaba viendo con mis propios ojos? Es decir, no con mis ojos físicos,